

IV

AMOR.

Por íntima, por encantadora que fuese esta vida de dos, algo faltaba.

Esas conservaciones sobre los formidables problemas del sér y del no-sér, el cambio de ideas respecto del objeto final de la existencia de las cosas, satisfacían á veces su espíritu, no su corazón.

Cuando, uno junto de otro, después de que habían conversado largamente, ya en el jardín que dominaba el cuadro de la gran ciudad, ya en la callada biblioteca, el estudiante, el investigador no sabía desprenderse de su compañera, y quedaban los dos mano

entre mano, mudos, atraídos, sujetos por una fuerza irresistible.

Después de la partida, uno y otro sentían en el pecho un vacío raro doloroso, un malestar indefinible, como si algún lazo necesario á su vida mutua se hubiese roto; y tanto él como ella sólo aspiraban al momento del retorno. Amábala él, no por sí, por ella, con un afecto casi impersonal, con un sentimiento de profunda estimación que mucho tenía de amor ardiente: había sabido resistir, merced á un combate de cada instante contra las atracciones de la carne; pero un día en que estaban sentados uno al lado del otro en aquel gran diván de la biblioteca, como de costumbre hacinado de libros y de hojas sueltas, en momentos en que estaban callados, sucedió que abrumado, sin duda, por todo el peso de esfuerzos concentrados desde tanto tiempo atrás para resistir á una atracción demasiado irresistible, la cabeza del juvenil autor se inclinó insensiblemente sobre el hombro de su compañera, y, casi en seguida..... se encontraron sus labios.

.....

¡Oh goces inenarrables del amor correspondido! ¡Embriaguez insaciable del ser sediento de felicidad, transportes inagotables de la invencida imaginación, suave música de los corazones, á qué alturas etéreas alzais á los elegidos que se abandonan á vuestras felicidades supremas! Olvidados de súbito de la inferior tierra vuelan con alarápida á los paraísos encantados, se pierden en las profundidades celestes y se mecen en las sublimes regiones de la eterna voluptuosidad. No existe para ellos el mundo con sus miserias. Viven en la luz, en el fuego, salamandras, fénices, desprendidos de todo peso, ligeros como la lluvia, consumiéndose á sí mismos y renaciendo de sus cenizas, siempre luminosas, siempre ardientes, invulnerables, invencibles.

La expansión, tan largo tiempo contenida, de sus primeros transportes, arrojó á los dos amantes en una vida de éxtasis que les hizo olvidar por un momento la Metafísica y sus problemas. Aquel instante duró seis meses. El más dulce, pero el más imperioso de los sentimientos, vino á completar en ellos las insuficientes satisfacciones intelectuales del espíritu, y les absorbió y casi les aniquiló.

A partir del día del beso, Georges Spero, no sólo desapareció enteramente de la escena del mundo sino que también dejó de escribir; yo mismo, le perdí de vista á pesar del afecto, antiguo y real, que me había atestiguado.

Los lógicos habrían podido concluir que, por la primera vez de su vida, estaba satisfecho y que había encontrado la solución del gran problema, el fin supremo de la existencia de dos seres.

Vivían con ese *egoísmo de dos* que, alejando á la humanidad de nuestro centro óptico, disminuye sus efectos y la hace aparecer más amable y más hermosa. Satisfechos de su mutua afeción, en la Naturaleza y en la Humanidad todo cantaba para ellos un perpetuo cántico de dicha y de amor.

Insensiblemente, sin embargo, no percibiéndolo acaso, el joven retornó por grados y á retazos á sus interrumpidos estudios, analizando las cosas ahora con un profundo sentimiento de optimismo que con toda su bondad natural no había conocido, eliminando las conclusiones crueles porque le parecían debidas á un incompleto conocimiento de las causas, contemplando con nueva luz los pa-

noramas de la Naturaleza y de la Humanidad.

Ella también y al menos parcialmente, prosiguió los estudios que con él hiciera: pero un sentimiento nuevo, inmenso llenaba su alma, y su espíritu no tenía ya la misma libertad para el trabajo intelectual. Absorta en ese afecto de cada instante para un sér que ella había conquistado por completo, no veía sino por él y no vivía sino para él. Durante las tranquilas horas de la tarde, cuando se sentaba al piano, ora para tocar una sonata de Chopin, que se asombraba de no haber entendido antes de amar, ora para acompañarse cantando con su voz tan pura y tan extensa los *lieder* noruegos de Grieg y de Bull ó las melodías de nuestro Gounod, juzgaba quizá contra su deseo, que su amado era el único capaz de comprender esas inspiraciones del corazón.

¡Cuántas horas deliciosas pasó él en la vasta biblioteca de Passy, tendido en un sofá, siguiendo á veces con la mirada las caprichosas volutas del humo de un cigarrillo de Oriente, en tanto que ella abandonada á reminiscencias de su fantasía cantaba el dul-

ce *Saetergientens Sondag* de su patria, la serenata de *Don Juan*, el *Lac* de Lamartine, ó dejando correr su dedos hábiles sobre el clave difundía en el aire el melodioso ensueño del *minueto* de Boccherini!

Llegó la primavera. El mes de Mayo vió abrir en París, las fiestas de la Exposición Universal de que hablamos al comienzo, y las alturas del jardín de Passy abrigaron el Eden de la enamorada pareja.

El padre de Icelea, que fué á pasar á Argel los malos días del invierno, volvió con una colección de armas árabes para su museo de Christianía. Era su intento regresar cuanto antes á Noruega, y quedó convenido entre la joven y su novio que el matrimonio se verificaría en Noruega, en la fecha aniversario de la misteriosa aparición.

Cuando llegó el verano partiéronse los tres para Christianía. Era intención de Spero permanecer allá hasta el otoño y continuar los estudios que el año anterior emprendiera con motivo de las auroras boreales, observaciones en particular muy interesantes para él y que apenas había tenido tiempo de comenzar.

Ese viaje fué la continuación m á

inefable de sus sus sueños. La blonda hijá del Norte envolvía á su amigo en una aureola de seducción constante que quizá le habría hecho olvidar para siempre los atractivos de la Ciencia, sino hubiera tenido ella también como vimos un gusto personal insaciable por el estudio.

Los experimentos que el infatigable investigador emprendió á propósito de la electricidad atmosférica la interesaron tanto como á él. Quiso también darse cuenta de la naturaleza de esas llamas misteriosas de la aurora boreal que en las noches vienen á palpar en la atmósfera, y como la serie de esas investigaciones conducía á Spero á realizar una ascensión en globo para sorprender el fenómeno hasta en su fuente, experimentó ella el mismo deseo. Intentó él disuadirla, que esos experimentos no carecen de peligro; pero solamente la idea de un peligro que compartir con él la ensordecía á las súplicas del amado.

Después de largas vacilaciones, Spero se decidió á llevarla consigo y preparó en la Universidad de Christianía, una ascensión para la primera noche de aurora boreal.

V

LA AURORA BOREAL.

Las perturbaciones de la aguja imantada anunciaron la presencia de la aurora mucho antes de la puesta del Sol, y comenzaban á inflar el aeróstato con gas hidrógeno puro, cuando, en efecto, el cielo dejó advertir en el Norte magnético aquella coloración de transparente oro verdoso que es siempre el indicio seguro de una aurora boreal.

En unas cuantas horas quedaron terminados los preparativos.

La atmósfera completamente desprendida de toda nube, tenía una limpidez perfec-